

«Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo»

TOMO 8

El Príncipe Marrano



Avner Gold

Ascenso y caída de España y sus judíos

Un ensayo histórico sobre la experiencia judía en España



EDITORIAL BNEI SHOLEM

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés
The Marrano Prince

by Avner Gold

Unico autorizado para la distribución
y comercialización en español

Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2006

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar / editorialbneisholem@gmail.com

www.bneisholem.com.ar

ISBN: 987-9096-83-5

IMPRESO EN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

Gold, Avner- El príncipe Marrano - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2005.

1. Judaísmo. I, trad. II. Título - CDD 296

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Contenidos



Prefacio a la versión castellana	iv
Nota del Editor	vi
1•El consejero real	1
2•Guardianes del agua	29
3•Encuentros casuales	53
4•La Asamblea portuguesa	87
5•El Tribunal de Toledo	127
6•Espectáculos y conspiraciones	163
7•Una vuelta de cuerda	201
8•La prueba concluyente	239
9•Amigos en las altas esferas.....	273
10•Autos de fe	311
11•Ensayo histórico	363
Glosario de términos.....	412

Prefacio a la versión castellana

Con alabanza y gratitud al Creador, tenemos el agrado de presentar la versión en castellano de la popular «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*» por Avner Gold.

Ya desde su aparición en el idioma inglés se ha convertido en un favorito de los niños y adultos de todas partes y se lo ha establecido como un estándar en la lista de lecturas preferidas de padres y educadores.

En los ocho tomos que la componen, el lector se verá transportado a lugares tan distantes como Cracovia, Estambul, Viena y Ierushalaim. Por sus atrayentes páginas desfilan todo tipo de personajes del mundo judío de entonces: niños desaparecidos en conventos, sencillos mercaderes, sabios rabinos, marranos, falsos mesías, devotas mujeres. Aunque mucho de los protagonistas son ficticios, fruto de la imaginación del autor, cada uno de los fascinantes tomos está ambientado en un escenario histórico real cuidadosamente documentado -citando fechas y lugares concretos cuando es necesario-, como ser los pogroms cosacos en Polonia, la aparición del falso mesías Shabetái Tzví o la situación de los marranos en Europa.

A medida que avanzamos en la lectura nos convertimos en partícipes de las alegrías y las tristezas, el heroísmo y la

fe, el amor por la tradición y la santa Torá.

Escrita en un hermoso estilo, en que siempre aparecen también encantadoras descripciones de la vida cotidiana de la época, el lector hispanohablante se topará con un deleite literario que le era totalmente desconocido hasta la fecha en su propia lengua y que gracias al elogio constante que hace de los valores eternos de la Torá, a sus enseñanzas morales aplicables también en el mundo de hoy y a su excelente calidad literaria, se ha vuelto un preciado clásico en hogares judíos de todo el mundo.

Esperamos que este libro despierte un profundo interés y un genuino amor a Di's y a su Torá y que ello origine el anhelo de profundizar en el la aplicación de los preceptos en la vida cotidiana, a fin de elevar su nivel, dado los valores eternos que contiene, para que así muy pronto tengamos la llegada del Mashíaj en nuestros días. Amén.

Editorial Bnei Sholem

Nota del editor

El Príncipe Marrano de Avner Gold, octavo libro de la «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*», trata sobre las trágicas experiencias sufridas por los marranos durante el período de la Inquisición española. Éste es un capítulo de la historia judía sobre el que se ha dejado correr en gran escala la imaginación, pero que en realidad ha sido poco comprendido. Se extiende desde el estallido de las masacres y persecuciones que arrasaron el país en 5151 (1391) hasta que la Inquisición fue finalmente abolida en 5594 (1834). En el imaginario popular, los marranos (como se llamaba a los judíos de España que mantenían en secreto su origen) eran gente heroica y admirable que mantenía los preceptos del judaísmo meticulosamente confinados a la privacidad de sus hogares al tiempo que exteriormente exhibía una apariencia de cristiandad. En realidad, si bien debe de haber existido un relativo grado de observancia en las primeras generaciones de marranos, el judaísmo de las generaciones subsiguientes fue difícilmente identificable.

La lengua hebrea fue en gran medida olvidada, y aun si alguien por casualidad llegaba a entenderla, no fueron encontrados sefarim. La práctica de la circuncisión fue desechada, ya que su descubrimiento era equivalente a un decreto de muerte. Los hijos crecían en la creencia de que eran cristianos hasta que fueran lo suficientemente grandes como para que se les confiara el espantoso secreto de que

eran en realidad judíos.

La observancia de Shabat estaba limitada al encendido de velas, y es difícil encontrar mención alguna de Iamim Tovim a excepción de Iom Kipur y Pésaj. La comida casher estaba fuera de la cuestión, aunque los marranos más devotos se esforzaban por abstenerse de consumir cerdo durante el mes de nisán.

Esta visión de la vida de los marranos, aceptada universalmente por los historiadores, está basada esencialmente en los esmerados registros que mantuvo la Inquisición hispánica de todas sus investigaciones e interrogatorios. No es de sorprender, sin embargo, que se hayan originado muchas ideas falsas, dado que estos registros no fueron puestos a disposición de historiadores y eruditos hasta principios del siglo XIX cuando la Inquisición fue oficialmente abolida. Recién en los últimos cincuenta años han salido a la luz los resultados del estudio de cientos de años de crónicas acumuladas referentes a ese período.

Dado que la historia de los marranos es demasiado compleja para ser adecuadamente abordada en esta introducción, hemos dividido la “Nota del Editor” en dos partes: una breve y habitual narración sobre el trasfondo del libro, y un extenso ensayo histórico que se presenta en la pág. 363 como apéndice del libro. Se recomienda al lector leer este ensayo histórico antes de leer el relato para lograr un entendimiento más profundo del fenómeno marrano, siendo una segunda lectura a la luz de los temas y representaciones desarrollados en la historia especialmente esclarecedora.

Aunque el período de los marranos en España abarca más de cuatrocientos años, Avner Gold ha elegido el final del siglo XVII como marco para retratarlos, para evitar los espinosos problemas filosóficos derivados de la decisión de los primeros marranos de aceptar en apariencia ser bautizados (como se debate en el ensayo histórico). Las generaciones posteriores, no obstante, fueron criadas siguiendo los patrones de vida marrana y sólo merecen reconocimiento por su devoción al judaísmo tal cual lo entendieron.

Aunque no existen registros de marranos tan cercanos a la familia real como el protagonista de este libro, los hay de muchos miembros de la alta nobleza, obispos y personajes de alto rango, incluyendo parientes lejanos de la familia real que fueron judíos encubiertos. Las lealtades exhibidas por los protagonistas, en conflicto y casi esquizofrénicas, fueron sintomáticas en estos aristocráticos marranos. La amplia descripción de revueltas políticas así como de las condiciones sociales y culturales imperantes en España responden a la realidad, aunque se han incluido personajes ficticios como protagonistas de eventos históricos. De tal modo, las figuras históricas que aparecen en el texto son, a saber: el rey Carlos II de España, débil mental miembro de la Casa de Augsburgo; la reina Mariana, su madre y regente; don Juan José de Austria, su ilegítimo medio hermano y regente; la princesa María Luisa de Orleans, su prometida francesa; Fernando de Valenzuela, primer ministro, y Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Plasencia e Inquisidor General. Todos los demás personajes son de ficción, aunque muchos están basados en personas verdaderas

mencionadas en los registros de la Inquisición. Así, por ejemplo, la escena del interrogatorio relatada en el capítulo cinco está basada en los documentos oficiales del interrogatorio efectuado a Elvira del Campo en 5327 (1567) por la Inquisición de Toledo.

El auto de fe descrito en la tapa de este libro fue uno de los más espectaculares de la historia de la Inquisición. Fue organizado en la Plaza Mayor de Madrid en honor de la boda real del rey Carlos II con la princesa María Luisa de Orleans. Varios grabados de este auto de fe hecho por artistas de la época aún se conservan. La ilustración de la tapa de este libro toma como referencia estos grabados para obtener datos históricos auténticos.

El príncipe marrano comienza en España en el año 5432 (1672), cerca de doscientos años después del establecimiento de la Inquisición y la expulsión de los judíos. Privada del talento y la energía de sus judíos, España entraba en un precipitado declive, mientras Francia e Inglaterra emergían como los poderes dominantes de Europa. La historia se desarrolla al momento que España y Francia están por trabarse en una sangrienta guerra en los Países Bajos.

Un ministro del Consejo de Estado, que es además un judío encubierto, es enviado en misión diplomática de alto nivel a los Países Bajos, acontecimiento que se transforma en un inesperado viaje de descubrimiento. Cuando finalmente regresa a España, encuentra a su familia cubierta por una nube de sospechas, pero antes de poder concertar la huida, su sentido del honor le indica que, como español, se

debe al rey. A espaldas suyas, sus movimientos son seguidos de cerca por el malvado confesor del rey y sus secuaces en el Santo Oficio. Para el momento en que se da cuenta de lo que está ocurriendo, se encuentra ya entrampado en una maraña.

Una atroz sensación agorera y de peligro invaden las páginas de este libro que transita inexorablemente por los ámbitos del poder en Madrid, batallas navales en alta mar, la comunidad marrana de Amsterdam, los calabozos de la Inquisición en Toledo, las corridas de toros de Pamplona y por todo a lo largo y ancho de la asoleada España. Es una historia llena de peripecias enlazadas unas dentro de otras, protagonizada por pintorescos villanos y héroes. Por encima de todo, es una historia de coraje, valor y heroísmo del más alto nivel.

La serie Ameinu

Inscripta en la mejor tradición de la literatura histórica de ficción, la «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*» explora muchos períodos cruciales de la historia judía a través de las peripecias de sus personajes, esto es la familia Pulichever, sus amigos y colaboradores.

La serie comienza con **El hijo prometido**, ambientado en la Polonia del siglo XVII durante la Guerra de los Treinta Años. La historia arranca con un viaje de esperanza a Cracovia y alcanza su asombroso clímax tres décadas más tarde con una dramática confrontación que afectará a la población judía de toda la región.

En **El sueño**, Shloime Pulichever retorna al hogar para encontrar a su madre atacada por una misteriosa enfermedad y con un peligroso espectro que acecha en las sombras. Es época de paz, pero ya se perciben en el aire desalentadores vientos de cambio.

El año de la espada es una inspiradora historia llena de peligros, y una muestra de coraje y fe inquebrantable. En ella se narran los sufrimientos padecidos por la familia Pulichever durante los pogroms de los cosacos en 1648 y 1649, los años infames de Taj y Tat, tal cual se conocen en la historia judía.

El crepúsculo encuentra a los judíos de Polonia tratando de restaurar sus heridas y construir nuevamente un futuro. En el transcurso de esta historia, Reb Shloime y Bra-

ja Pulichever viajan a Varsovia para la boda de su hijo Áh-rele, pero surgen complicaciones inesperadas.

Entre las secuelas que deja el holocausto cosaco aparece en Turquía un falso Mesías que promete sacar al pueblo judío del exilio. **El Impostor** recorre la increíble historia de Shabetái Tzvi desde los orígenes de su movimiento hasta su espeluznante clímax en el palacio del sultán turco.


El efecto de este movimiento sobre los judíos de Polonia juega un papel importante en **El anillo púrpura**, una historia plena de conspiraciones secretas, espías turcos capturados, bandas de asesinos y conspiraciones entrelazadas urdidas bajo los cielos nocturnos.

En **El emisario de Viena** la escena se traslada a la capital austríaca, donde el destino de los judíos queda preso de una lucha de poder entre el emperador de los Habsburgo y el rey Luis XIV de Francia. El emisario emprende un viaje peligroso plagado de sucesos dramáticos y grandes riesgos que lo lleva a las puertas mismas de príncipes, reinas, generales y grandes financistas, siempre a sólo un paso de distancia por delante de los sanguinarios representantes de los enemigos de los judíos.

El príncipe marrano transcurre en una Europa todavía enredada en titánicas luchas políticas y militares. Un ministro real, quien es asimismo un judío encubierto, se debate entre su obediencia a España y a la familia real, y su reciente amor por la Torá. Es una historia llena de intrigas palaciegas, peligros, insoportable tensión y heroísmo del más alto nivel.

CAPÍTULO I
El consejero real



on Pedro golpeó suavemente la puerta del dormitorio real antes de girar la perilla y entrar. El rey estaba acostado en su cama, bajo un revoltijo de sábanas y mantas, firmemente abrazado a una almohada. Se hallaba profundamente dormido. Una única lámpara de aceite derramaba su luz ambarina sobre las paredes. Sacudiendo la cabeza con leve exasperación, Don Pedro se dirigió a los altos ventanales y corrió los cortinados. La luz del sol inundó la habitación obligándolo a resguardar sus ojos, y al rey a esconderse más a fondo dentro de la cama.

–Su Majestad, es hora de levantarse –dijo Don Pedro.

El rey contestó con un leve gruñido.

–Su Majestad, debe reunirse con el embajador de Holanda en una hora –dijo Don Pedro–. Sé que preferiría hacer otra cosa, pero es importante.

El rey respondió con un exagerado ronquido. Don Pedro

se sonrió. Abrió las altas puertas espejadas del armario y revolvió en su interior hasta encontrar prendas de vestir adecuadas para la ocasión. Finalmente emergió con una casaca roja oscura con ribetes de encaje y galones dorados y un sombrero de terciopelo negro.

El rey había abandonado ya toda pretensión de dormir. Recostado sobre las almohadas y con las mantas enrolladas alrededor de las piernas seguía fijamente los movimientos de Don Pedro con una mirada maléfica.

–Aquí tiene, Su Majestad –dijo Don Pedro acercándole las vestiduras para su aprobación–. He elegido una de sus casacas favoritas, una que lo hace lucir muy elegante. La Reina Madre estará encantada. ¡Vamos! Su Majestad. No tenemos mucho tiempo, especialmente si desea comer algo antes de encontrarse con el embajador. Lo ayudaré, Su Majestad, pero debemos apurarnos.

El rey, ceñudo, tiró de las mantas hasta cubrir su cabeza. Con un suspiro de frustración Don Pedro acomodó el chaleco sobre el respaldo de una silla.

–Su Majestad –dijo, la voz baja pero firme–. Si llegamos tarde a este encuentro, la Reina Madre estará furiosa. Será desagradable para los dos. Lentamente las colchas dejaron ver la cabeza del rey. Con una mirada de disgusto se sentó en la cama y se restregó los ojos.

–Tengo hambre –dijo. Las palabras sonaban como un balbuceo debido a la forma grotescamente desfigurada de su mandíbula y a una lengua demasiado grande para su boca, pero Don Pedro no tenía dificultad alguna en entenderlo.

—Por supuesto que tiene hambre, Su Majestad —dijo Don Pedro—. Les he ordenado a los sirvientes preparar una mesa para el desayuno en la sala de estar. Si se viste rápido habrá tiempo aún para desayunar. Vamos, lo ayudaré.

Sin más objeciones del rey, Don Pedro lo ayudó a ponerse una camisa de seda blanca y polainas de raso blanco. El chaleco quedó en la silla. El rey y Don Pedro traspusieron la puerta y entraron en la sala.

La mesa del desayuno se hallaba dispuesta contra una ventana que daba al patio interior del palacio.

Ahí abajo retumbaban los sonidos de hombres y animales; una escena de la que el rey disfrutaba horas enteras sin parar. Como de costumbre, se había preparado un surtido de alimentos blandos y fáciles de masticar en atención al rey, cuya desfigurada mandíbula le dificultaba ingerir comida normal. El rey sorbió una a una las cucharadas de papilla y las acompañó con sorbos de leche espumante. Un largo chorro de leche corrió por su quijada y llegó a su camisa, pero él se hallaba demasiado absorto en la comida para notarlos. Don Pedro lo observaba en silencio, la mente preocupada por el cercano encuentro con el embajador holandés.

Un golpe en la puerta interrumpió su concentración. Ésta se abrió y un paje anunció a la condesa María Dolorosa de Tavera. Don Pedro le indicó con un gesto al rey que continuara con su desayuno y salió de la habitación para ver qué quería la condesa.

Ella estaba esperándolo en la antesala del piso del rey, re-

torciendo nerviosamente el abanico de plumas de avestruz que tenía en sus manos. Al ver a Don Pedro, lo agitó con falso regocijo.

—¡Ah, Don Pedro! —exclamó—. Estoy tan contenta de que esté aquí... Me facilita tanto la tarea... La hace tanto más fácil... El embajador de Holanda arriba a las once y la reina me envió para asegurarse de que el rey no llegue tarde a la reunión. La reina otorga gran importancia a este encuentro.

—Pierda cuidado, Señoría —dijo Don Pedro—. Su Majestad será puntual.

—Maravilloso, maravilloso —dijo la condesa—. Iré a informar de inmediato a Su Majestad. Que esto quede entre nosotros dos, Don Pedro, pero no veo por qué el embajador necesita entrevistarse con un niño de once años, que es poco más que un imbécil, aun cuando sea el rey Carlos II de España. La reina lo está usando simplemente para conmo-
ver al embajador.

Don Pedro frunció la nariz disgustado ante las palabras ofensivas de la condesa, pero no hizo comentario alguno.

—No me eche miradas de desaprobación, Don Pedro —dijo con desdén la condesa—. Usted sabe perfectamente bien que lo que digo es verdad. Después de todo, no es demasiado sorprendente que aparezca la insania luego de tantas generaciones de tíos casándose con sobrinas y primos hermanos casándose entre sí. Y sabe lo que todos dicen de él, ¿no? Que las brujas y los demonios lo han hechizado. Carlos el Hechizado, así lo llaman. El niño es un imbécil y la

reina es la primera en admitirlo. ¿Por qué entonces simular que no lo es? Bueno, debo irme. Dele la mejor de las suertes de mi parte a Su Majestad.

La condesa hizo un ademán a Don Pedro con el abanico y salió apresuradamente de la habitación. Don Pedro meneó la cabeza en señal de desaprobación y retornó a la sala.

El rey tenía ambos codos apoyados en el alféizar de la ventana y observaba una discusión en el patio del palacio entre un iracundo arriero y un oficial de la guardia.

–Su Majestad –dijo Don Pedro–. Es hora de ir.

–Más tarde –protestó el rey–. Quiero ir más tarde.

–Debe venir ahora, Su Majestad –insistió Don Pedro–. Debe aún ponerse una camisa nueva y su casaca y sombrero. Si nos quedamos a mirar a esa gente en el patio, llegaremos tarde a ver al embajador. Su madre estará enojada.

El rey dejó escapar un suspiro lastimero.

–Sí, Don Pedro –dijo y apartándose contra su voluntad de la ventana siguió a Don Pedro a la alcoba.

Minutos más tarde, cruzaron de prisa el palacio hasta llegar al despacho del Consejo de Estado. En el camino pasaron por un extenso corredor. De la pared de la izquierda colgaban retratos al óleo de ceñudos hidalgos españoles, mientras que la pared de la derecha daba paso a una hilera de balcones que daban abajo a un cavernoso porche. De todo el palacio, era éste el lugar predilecto del rey.

Con un chillido de satisfacción el rey corrió hasta el pri-

mero de los balcones, las frágiles y bamboleantes piernas apenas capaces de soportar el torso exuberante. Asido a la baranda gritó a voz en cuello, luego aplaudió y saltó de un lado al otro mientras el eco de su voz resonaba por toda la galería. Luego corrió sucesivamente a cada uno de los balcones y repitió la escena completa con la misma dosis de energía y gozo.

Acostumbrado a las excentricidades del rey, Don Pedro no alteró ni su paso ni la expresión de su rostro. Cuando pasaron el último balcón el rey se ubicó a su lado y juntos entraron en la sala del Consejo de Estado. Llegaron a tiempo a la reunión. El rey se terminaba de acomodar en uno de los dos lugares vacíos a la cabecera de la mesa cuando la reina Mariana hizo su aparición junto al embajador de Holanda y un capitán español. Los ministros y cortesanos, que estaban ya sentados a la mesa, se incorporaron. Sólo el rey permaneció sentado. La reina, una mujer de rasgos duros y ya cerca de los cuarenta años estudió el ambiente con una mirada de afectación. Esperó una fracción de segundo más de lo necesario y caminó hacia la mesa para luego sentarse a la derecha de su hijo.

—Su Majestad —dijo—. Tengo el placer de presentarle a Su Excelencia, el señor Maarten van der Groot, embajador de las Provincias Unidas de Holanda.

El embajador, hombre corpulento y de mirada astuta, se inclinó profundamente desde la cintura. El rey aceptó la reverencia con un breve movimiento de la cabeza y buscó con la mirada una vía de escape.

–Pueden todos sentarse, señores –dijo la reina–. Señor Van der Groot, usted ocupará el sitio de honor, aquí, a mi derecha. ¿Lo conoce al capitán Gaspar de León, mi agregado militar? Él hará las presentaciones. Gaspar, mi estimado colaborador, ¿me hace el honor?

–Con mucho gusto, Su Majestad –dijo el capitán–. Los presentaré a cada uno según el orden en que están sentados, si así le place a Su Majestad.

–Naturalmente –dijo la reina guiñando astutamente el ojo al embajador–. Todos los consejeros de palacio son igual de importantes. Proceda.

–Sí, Su Majestad –dijo el capitán–. Sentado directamente frente a usted, Su Excelencia, está el señor Fernando de Valenzuela, primer ministro del Consejo de Estado. Sentado a su lado se halla el padre Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Plasencia e Inquisidor General del Consejo Supremo del Santo Oficio de la Inquisición para todo el Imperio español. Sentado al lado de él está Don Pedro Manuel Luis Domínguez, duque de Monteverde y conde de Saluria, ministro del Consejo de Estado y pariente de la casa real.

Por sobre la mesa, el embajador extendió el brazo y, a su vez, estrechó la mano de cada uno de los hombres.

–Y, ahora, a su derecha, Excelencia –continuó el capitán–, primero está el general Miguel Saavedra Quirones, ministro de guerra. A su lado está don Jorge Santiago, conde de Travera, ministro del Consejo de Estado; y luego el padre Francisco Escobar Carnejo, confesor personal de Su Majestad.